

Desde la Torre

Enero 2026

LA MISMA PREGUNTA PARA EL AÑO NUEVO

El dios romano Jano (*Ianus*) miraba hacia atrás y hacia adelante al mismo tiempo, no como un ejercicio de nostalgia o de profecía, sino como una forma de comprender el presente: solo quien integra memoria y expectativa puede habitar con lucidez el ahora. En esa doble mirada hay algo profundamente humano. Vivimos siempre entre lo que fue y lo que deseamos que sea, intentando darle sentido a una grieta que nunca termina de cerrarse.

En Europa, durante siglos, la religión ocupó ese lugar de mediación. No solo ofrecía respuestas metafísicas, sino también un lenguaje común para el dolor, la esperanza, la culpa, el perdón y la pertenencia. Era una arquitectura simbólica que ordenaba —tal vez en exceso— el tiempo, los ritos de paso, la comunidad y la idea misma de trascendencia. Con la modernidad, muchas personas decidieron dejar atrás ese andamiaje. La razón, la ciencia, la política y el progreso prometieron ocupar su lugar. Se pensó que la religión era una etapa superada, innecesaria para una humanidad adulta.

Sin embargo, allí donde se retiró el relato religioso quedó un hueco que no siempre fue llenado con éxito. El progresismo apostó por que la justicia social, el bienestar material y la aceptación de la diversidad bastarían para construir sentido. Pero la redistribución no resuelve el miedo a la muerte; la igualdad no aminora la soledad; la libertad, sin un horizonte, puede volverse intemperie. La crítica es inevitable: no se supo —o no se quiso— atender al cuidado del alma, reduciéndola a un problema secundario o sospechoso.

Ahora, el péndulo cultural oscila de nuevo en su búsqueda de los dioses de la ciudad. El galardonado Byung-Chul Han ha señalado el agotamiento del sujeto hiperproductivo y el vacío que deja una sociedad sin contemplación. La venerada cantante Rosalía, con sus referencias al imaginario católico —vírgenes, santas, reliquias— reactiva una sensibilidad que conecta emoción, fe y mística. En la moda, la nueva tendencia es el llamado *catholic chic* que resignifica cruces, velos y ornamentos litúrgicos como símbolos de identidad y búsqueda, más allá de la mera provocación o de la estrategia de mercado. No se trata necesariamente de una conversión masiva, sino de un síntoma: algo que parecía agotado vuelve a hablar en el lenguaje del deseo contemporáneo.

A ello se suman otros fenómenos como la expansión del evangelismo en España y en otros países europeos, así como el crecimiento y la afirmación pública



del Islam, hoy probablemente la religión más consciente de sí misma en nuestro entorno. Junto a ellos, múltiples formas de espiritualidad —antiguas y nuevas, institucionales y colectivas— aparecen como respuesta a una necesidad de sentido que no ha desaparecido. La promesa de una pertenencia, de un relato que trascienda al yo, resulta atractiva en un mundo materialista, fragmentado y acelerado. El vacío no se resigna a permanecer vacío.

Quizás, como Jano, nos encontremos en un umbral. Miramos hacia un pasado que creíamos superado y hacia un futuro inabarcable. Tal vez no se trate de regresar sin más a viejas certezas, ni de insistir en un vacío que ya ha mostrado sus límites, sino de valorar qué formas de sentido, de comunidad y de trascendencia siguen siendo válidas y cuáles no. En esa tensión se juega la manera en que una sociedad aprende a buscar el sentido sin ingenuidad ni cinismo. Por ello la pregunta siempre debe ser la misma: ¿qué aprendemos de aquello que supo ofrecer sentido y en qué sentido debemos seguir buscando?